

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

“Vosotros en mí, y yo en vosotros”.

Juan 14:20

Las palabras del Señor Jesús son de una riqueza y profundidad infinitas, y en particular las de despedida a sus discípulos en el aposento alto, en Juan 14, que abren a nuestras almas un campo de meditación incomparable. En las siete palabras del versículo del encabezamiento, el Señor nos da un resumen magistral de doctrinas de una concisión totalmente divina, que serán desarrolladas en las diversas epístolas del apóstol Pablo. “Vosotros en mí”: un cristiano está “en Cristo”, así está ante el Padre. ¡Qué glorioso privilegio! “Y yo en vosotros”: un cristiano posee esta maravillosa vida divina, la vida de Cristo en él, fuente fecunda. ¡Pero también qué responsabilidad es manifestar ante el mundo el fruto de la vida de Aquel que está en nosotros! La primera de estas dos verdades habla a nuestro corazón; la segunda se dirige igualmente a nuestra conciencia.

El apóstol nos dice en 2 Corintios 5:17: “De modo que si alguno está **en Cristo**, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”. El hombre natural está en Adán; el verdadero cristiano está en Cristo. Tiene una vida enteramente nueva, es decir, la vida divina. No es su antigua vida purificada, transformada poco a

poco por el abandono de ciertos vicios o defectos, sino una nueva vida, una nueva creación. Uno no nace cristiano, sino que se convierte en cristiano, y no lo hace observando ciertos ritos, como el bautismo, o beneficiándose de una educación recibida en una familia cristiana, o absteiniéndose de pecados groseros, sino mediante una transformación radical, un cambio profundo en su vida de hombre natural, que la Palabra llama conversión, nuevo nacimiento, fruto del arrepentimiento y de la fe (léase atentamente Hechos 2:38; 3:19; 5:31; 11:18; 17:30; 20:21; 26:20).

Querido amigo, ¿está seguro de haber pasado por esta crisis moral de la conversión, de estar **en** Cristo? Si tal no es su caso, le suplicamos por Cristo: ¡Reconcíliese con Dios! (2 Corintios 5:20). ¡Arregle este asunto antes que todo, es primordial! Pero si, por la fe, usted tiene la seguridad de su salvación, ¿ha reflexionado en la inmensidad de este privilegio de estar en Cristo, de participar de esta vida divina? ¡Qué gracia insondable! Desde toda la eternidad, el Padre había pensado dar compañeros a su Hijo en su gloria.

*Los deseos de su inmenso amor
No hubieran sido satisfechos
Sin ver en el cielo, en su presencia,
A hombres salvos y perfectos.*

Él quería llevar muchos hijos a la gloria (Hebreos 2:10); el Dios bienaventurado no estaba satisfecho con que Cristo permaneciera como el Hijo único, sino que él deseaba que fuera el Primogénito entre muchos hermanos (Romanos 8:29). Muchos hijos... muchos hermanos: aquí tocamos misterios que adoramos sin comprender. Este Dios santo ha escogido no a ángeles, sino a seres aborrecibles y

corrompidos y los ha adoptado para él por Jesús (Efesios 1:5). El que tenía un único Hijo muy amado (Marcos 12:6) quiso tener muchos hijos (Romanos 8:14) que poseyeran la misma vida que Cristo.

Sin embargo, notemos que la Palabra vela celosamente sobre las glorias del Hijo eterno: si por una parte él vino en **semejanza** de carne de pecado (Romanos 8:3), por otra, estamos predestinados para ser conformes **a la imagen** de Cristo, su Hijo (Romanos 8:29). La primera expresión salvaguarda su pureza, su santidad esencial; la segunda salvaguarda su divinidad. ¡Pero qué gracia estar tan íntimamente asociados a él por la eternidad, estar en él y saber que esta posición gloriosa ante el Padre corresponde a una necesidad profunda de Dios, que es amor!

Un evangelista chino cuenta que un día visitó al hermano George Cutting, el autor del folleto: «Seguridad, certeza y gozo de la salvación». Este hermano de 93 años tomó la mano del evangelista, diciéndole: «Sabe, hermano, ¡yo no puedo prescindir de Él; y él tampoco puede prescindir de mí!». Nosotros también podemos pronunciar tales palabras con la reverencia que conviene, sabiendo que ya somos celestiales (1 Corintios 15:48), que el Padre mismo nos ama, y que nuestro lugar está preparado en la casa del Padre por Aquel que es el Primogénito entre muchos hermanos. Estar en Cristo, ¡qué gloria y qué felicidad para nosotros! El apóstol Pablo fue arrebatado hasta el tercer cielo, porque era un hombre en Cristo (2 Corintios 12:2). Dice: “Conozco al tal hombre” (v. 3) y “de tal hombre me gloriaré; pero de mí mismo en nada me gloriaré” (v. 5).

Esas revelaciones extraordinarias le fueron concedidas como hombre en Cristo; ni siquiera cita su nombre o su

título de apóstol. En otras partes nos dice: “Para ganar a Cristo, y ser hallado **en él**” (Filipenses 3:8-9). “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios **en él**” (2 Corintios 5:21). “Por él estáis **vosotros en Cristo Jesús**, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría” (1 Corintios 1:30). Leamos Efesios 1:3-14, pensando en nuestras bendiciones espirituales. El corazón del apóstol desborda de alabanzas al enumerarlas, empleando las palabras: **en Cristo, en él, en quien** (v. 3, 4, 6, 7, 10, 11, 13). Estos pasajes ilustran la palabra del Señor: “Vosotros en mí”. ¡Que podamos gustar más nuestra posición gloriosa e inmutable ante el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo!

Pero no olvidemos que el mismo Señor también nos dijo: “**Yo en vosotros**”. ¿No es ésta una maravillosa realidad? Vida nueva, recibida de Cristo. Participar de la naturaleza divina es precisamente lo que hace la vida cristiana tan rica y real. Pero, ¡qué responsabilidad manifestar exteriormente el fruto de esta vida, reproducir ante los hombres algunos rasgos de las perfecciones de un Cristo hombre y de un Cristo glorificado, quien se santificó a sí mismo por nosotros! (Juan 17:19).

El apóstol Pablo nos recuerda esta verdad en varias ocasiones: “Cristo, vuestra vida”; “**Cristo en vosotros**, la esperanza de gloria” (Colosenses 3:14; 1:27). “Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones” (Efesios 3:17). Él podía decir a sus amados filipenses: “Para mí el vivir es Cristo” (1:21), y les suplicaba que lo imitasen. ¿Quién de entre nosotros se atrevería a compararse a este apóstol? Él también nos dice en Gálatas 2:20: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas **vive**

Cristo en mí". Este versículo nos revela que la palabra del Señor "yo en vosotros" tenía en ciente las verdades de la liberación, desarrolladas por Pablo en Romanos y en Gálatas, verdades que son poco conocidas y vividas hoy día.

Sin duda, todos hemos leído en las epístolas que estamos muertos al pecado (Romanos 6:11), muertos a la ley (Gálatas 2:19; Romanos 7:4) y muertos al mundo (Gálatas 6:14). Pero, ¿qué hay de la realización práctica de tales verdades? Si anduviéramos más por el Espíritu, esta verdad no sería una teoría para nosotros, una doctrina seca, sino que nos ejercitaría continuamente y transformaría toda nuestra vida. La vida misma de Cristo florecería en nosotros; se vería cada día un poco menos de nosotros mismos y un poco más de Cristo.

Querido amigo que constata, a pesar de la conversión, la presencia y los estragos del pecado en usted, permita a alguien, que de ningún modo pretende vivir mejor estas verdades, ayudarle en estas luchas, recordándole simplemente lo que el apóstol Pablo nos enseña en Romanos 6. Él nos muestra que para experimentar la liberación del pecado (v. 22) hay que dar tres pasos, en el mismo orden fijado por la Palabra:

1º versículo 6: **sabiendo** que nuestro viejo hombre fue crucificado con él;

2º versículo 11: **consideraos** muertos al pecado, pero vivos para Dios;

3º versículo 13: **presentaos** vosotros mismos a Dios.

El primer paso sólo puede ser dado por la fe: sabiendo que mi viejo hombre, hombre en Adán, fue crucificado con él (v. 6), que estoy muerto con Cristo (v. 8). ¿Cómo puedo saberlo? Aceptando la declaración de la Palabra de Dios.

¿Cuándo y dónde fui crucificado con Cristo? En la misma cruz que él, y en el mismo momento. La Palabra me dice que cuando Cristo fue crucificado, dos ladrones fueron crucificados con él. De ese hecho yo nunca fui testigo, pero creo en la muerte del Señor y en la muerte de los dos ladrones, porque la Biblia me lo dice. Que Cristo y los dos ladrones hayan muerto es para la fe un hecho, una certeza; asimismo es un hecho que yo haya muerto, incluso si no lo siento. Esto no depende de mis sentimientos, ni siquiera de mi experiencia. La Palabra me dice que cuando acudí a Cristo muerto por mí, también morí con él, crucificado sobre la misma cruz. Fue el fin de mi vida como hombre natural, en Adán.

Nunca está dicho que el pecado está muerto en nosotros. El pecado ha sido juzgado, condenado en la cruz (Romanos 8:3), pero vive y permanece en nosotros. Somos nosotros los que hemos muerto con Cristo; pero si después de la conversión, tristemente, el pecado se manifiesta aún en nuestra vida práctica, Satanás, el Maligno, que siempre quiere hacernos dudar de las declaraciones divinas, viene con sus insinuaciones: «¿Cómo, usted está muerto? Sin embargo hay algo que se mueve aquí, interiormente. ¿Puede usted llamar a eso la muerte?». Cuanto más delicada sea la conciencia de un creyente, más desdichado será constatando sus extravíos, sus caídas...

En eso interviene la segunda exhortación del apóstol, el segundo paso hacia la liberación: "**Consideraos** muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús". Pero este versículo 11 sólo puede ser experimentado si hemos aceptado por la fe el versículo 6: **sabiendo** que hemos muerto. Un paso tras otro. De ello deducimos que si no reconocemos como un hecho que hemos muerto con Cristo, cuánto

más tratemos de considerarnos muertos, más segura será la derrota. El camino de la victoria no es luchar contra el pecado, contra nuestras pasiones y codicias, sino considerarnos “muertos al pecado, pero vivos para Dios”, es decir, huir de las tentaciones y de los lugares de tentación, juzgarnos profundamente cada vez que el detestable yo reaparece.

Por último, el tercer paso en este camino de la liberación, el lado positivo, nos lleva a la santificación: “**Presentaos** vosotros mismos a Dios como **vivos** de entre los muertos” (v. 13). “Habéis muerto... para que seáis de otro” (Romanos 7:4). “Soy muerto... a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:19-20). He aquí lo que hace dudar y retroceder a más de una alma: dejar de ser dueño de sí mismo, entregarse a Dios. Sin embargo, sin esta entrega total a Cristo, nuestra vida cristiana corre el riesgo de languidecer, e incluso de terminar en un fracaso. Pero si esta vida de Cristo se desarrolla libremente en nosotros, se manifestará mediante la oración, la dependencia, la santificación y el servicio. Nos llevará a correr directo al blanco, puestos los ojos en Jesús, a vestirnos con la armadura completa de Dios, a combatir como buenos soldados de Jesucristo. Entonces, el deseo de nuestros corazones será reflejar algunos rasgos de Cristo, tratar de complacerle en todo lo que hagamos.

Que estas débiles consideraciones nos lleven a apreciar nuestra gloriosa posición: “Vosotros en mí (Cristo)”: Soy un hombre **en Cristo**. Luego experimentaremos en nuestra vida práctica el “Yo (Cristo) en vosotros”, es decir: Cristo vive **en mí**.

J. KHM.

1. *En mis angustias me ayuda Jesús,
Sobre mi alma derrama su luz;
Todos los días consuelo me da:
Cada momento conmigo El está.*

Coro:

*Cada momento me guardas, Señor,
Cada momento en gracia y amor,
Vida abundante yo tengo en Ti,
En Ti yo vivo y Tú vives en mí.*

2. *Yo acudo al trono de gracia con fe,
Oye mi voz y mis lágrimas ve,
Cristo Jesús en el cielo y allí,
Cada momento se acuerda de mí.*

3. *Cristo es mi roca, mi libertador,
El es mi escudo, mi gran defensor;
En días de lucha a El miraré
Cada momento, y salvo seré.*

Himnos y Cánticos N° 156

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es “inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).